Hacia el cisma de la fracción parlamentaria socialdemócrata

León Trotsky

2 de abril de 1916

(Versión al castellano desde "Ver le shisme de la fraction parlamentaire social-démocrate", en L. Trotsky, *La guerre et la révolution*, Tomo Segundo, Editions Tête de Feuilles, París, 1974, páginas 178-181. Publicado en *Nache Slovo*, 2 de abril de 1916)

El cisma de la fracción parlamentaria socialdemócrata abre un nuevo capítulo en el movimiento socialista internacional "de tiempos de guerra".

Durante los últimos doce años, aproximadamente entre la Guerra de los Boers y el presente conflicto, el desarrollo de las fuerzas de producción y la expansión capitalista dieron un dieron un salto gigantesco. Al mismo tiempo se produjo un crecimiento del movimiento obrero y una *equiparación de sus métodos y formas*. En el ámbito político, las tácticas formalmente independientes del parlamentarismo siguieron la línea del "mal menor". El proletariado inglés, mediante la creación del Partido Laborista, se alineó en todo el frente político. En las esferas sindicales, las diferencias de tipo inglés, francés y alemán desaparecieron: los comités de industria dominaron en la organización; el acuerdo aduanero se convirtió en la constitución suprema de las relaciones industriales.

La uniformidad de las condiciones y métodos de la lucha de clases produjo una psicología uniforme. En los países más antiguos del capitalismo y del movimiento obrero, la guerra provocó una reacción uniforme: el debilitamiento de los partidos proletarios. ¡Hay que estar muy ciego para no ver esto y buscar las causas de la quiebra de la [Segunda] Internacional en los libros amarillos, naranjas y demás de los diplomáticos o en las disposiciones estratégicas de los ejércitos beligerantes! ¡Qué grado de ceguera ideológica se necesita para ver una oposición de principios en las tendencias defendidas *aquí* por Renaudel y *allí* por Scheidemann! Admitamos que los culpables son los diplomáticos de las monarquías centrales: ¿cambia esto el valor de Plejánov, Potriessov, Guesde, Sembat, Renaudel, Longuet, tal como se han revelado en la prueba de los acontecimientos? Acaso no está claro que si mañana, por voluntad del destino, estuvieran al frente de Alemania parangones de la moral internacional como los Romanov y su burocracia, o incluso las personalidades de los sucesivos gobiernos franceses, si al frente de los aliados estuvieran los "piratas y bandidos" de la escuela Hohenzollern, (pedimos respetuosamente a los censores que nos concedan esta suposición puramente lógica), estos cambios, medidos con un rasero micrométrico, no aportarían nada nuevo a la conciencia políticamente nacional con la que Scheidemann, Ebert, Plejánov y Renaudel entraron en la guerra. Pero este es el quid de la cuestión: el social-patriotismo paraliza la voluntad y el pensamiento.

¿Qué hicieron esos chovinistas franco-rusos que se ensañan como hijos de su madre (no hay otra expresión) con la socialdemocracia alemana, bajo la dirección de Laskine, ese adulador de baja estofa, y Hervé, el oráculo de los conserjes? ¿Qué significa para ellos la vida interna de la socialdemocracia? ¿Qué significa para ellos esta lucha interna si no derrama sobre los ejércitos de Nicolás, "la victoria más completa posible" sobre Alemania?

En la socialdemocracia, el partido clásico de la Segunda Internacional, es donde encontramos la expresión más perfecta del proceso de crisis y renacimiento socialista.

Los otros partidos: ruso, italiano, serbio, rumano y búlgaro, se han mostrado (de repente, a primera vista) más estoicos que el alemán, en la prueba de hierro y fuego de la

guerra. Nuestra socialdemocracia rusa, en forma de su maldita emigración, desempeña, en gran medida, un papel iniciador en la formación de la nueva Internacional. Pero sería imperdonable engañarse en cuanto a las premisas históricas de este papel. Sólo un giro completo de la socialdemocracia alemana puede asegurar la creación de una Internacional revolucionaria centralizada, así como sólo la toma del poder en Alemania por el proletariado puede asegurar la victoria de la revolución social en Europa.

Por eso se puede decir que el cisma de la fracción parlamentaria socialdemócrata abre un nuevo capítulo en el movimiento obrero europeo.

Nadie dirá que el grupo opositor de Haase y Ledebour pecó de falta de paciencia o de exceso de iniciativa revolucionaria. Por el contrario, hizo todo lo posible (mientras tuvo la posibilidad física) para reducir su oposición al mínimo y salvar la unidad de su organización. Nadie dirá (al menos, nosotros no lo haremos) que las concepciones del grupo Haase-Ledebour se distinguen por su claridad política y, además, por su firmeza social-revolucionaria. A pesar de las fuertes diferencias individuales en el seno del grupo, sus opiniones conducen al pacifismo socialista: para él, la guerra se presenta, no como un paso hacia el desarrollo de las contradicciones mundiales y la locomotora de la historia, sino como una "desgracia colosal" que detuvo el desarrollo de la cultura, en particular la que se expresó con la lucha del proletariado. Estos pacifistas sólo ven un final rápido, a ser posible "inofensivo", de la guerra, que aseguraría el restablecimiento de la "vieja" organización y de sus métodos "probados". Esto es ignorar por completo que el imperialismo, que tiende a la dominación del mundo (un pensamiento de tontos e idiotas, según Haase) no permitirá volver a los viejos caminos. Ante el temor de la disolución política, el proletariado tendrá que dar un salto histórico a un escalón superior de la lucha revolucionaria.

Por lo tanto, el cisma de la fracción socialdemócrata es un acontecimiento de gran importancia.

El proletariado alemán, como la industria alemana, nació con una rapidez febril. El desarrollo industrial generaba constantemente contradicciones, pero las resolvía con su propia expansión. La ausencia de democracia burguesa llevó a la lucha del proletariado por la toma del poder. La táctica de la socialdemocracia consistía en evitar los choques demasiado violentos con un poder muy concentrado, en acumular los problemas no resueltos, con vistas a su futura solución, y en reunir las fuerzas organizadoras. Toda la energía de clase del proletariado, todo su idealismo creador no encontró salida en una lucha abierta y abnegada por su ideal y se dispersó en el establecimiento de la organización del partido, en la ampliación y enriquecimiento de éste. En su propio partido, en sus comités, en sus cooperativas, el proletariado no encontró un arma para la lucha directa, sino el sustituto de lo que no podía encontrar en el gobierno: su propia "democracia obrera" donde se sentía el jefe. El "fetichismo organizativo" de la socialdemocracia alemana (¿qué mujik no se reiría de "Fritz" en esta ocasión?) se reveló como un debilitamiento del desarrollo proletario.

No hace mucho Hilferding repitió un pensamiento, paradójico en su forma, que expresó a menudo en el pasado: la socialdemocracia alemana se ha convertido, por la fuerza de la dialéctica histórica, en un factor antirrevolucionario que frena la energía revolucionaria del proletariado. Todo mecanismo tiene su fuerza de inercia que sólo es contrarrestada por la fuerza viva del vapor, de la electricidad, etc. La organización obrera también tiene su inercia que sólo puede combatirla la fuerza viva de la energía proletaria. Pero en esta organización, que siempre pospuso las soluciones enérgicas, la inercia acabó alcanzando dimensiones colosales. Cuando la guerra imperialista sacudió los fundamentos capitalistas de las sociedades y puso en cuestión el desarrollo de Europa, cuando sonó la hora de la "acción decisiva", el aparato del partido, negándose a someterse

a una profunda refundición interna, entró en contradicción con su propio objetivo. El personal dirigente se mostró incomparablemente más vinculado a las necesidades del capitalismo que a los problemas del socialismo y, siguiendo la corriente social-patriótica, arrastró a las masas con él. La idea de la disciplina orgánica y la unidad se convirtió en un arma reaccionaria directa en manos del personal dirigente, que se transformó en una oligarquía. Así como en Francia la idea de la República, heredera de la Revolución, etc., era un medio ideológico para hipnotizar a las masas, igualmente en Alemania lo era la idea de la democracia obrera. La explotación del fetichismo organizativo fue llevada a cabo por los social-patriotas, con el apoyo activo del centro opositor, que situó la unidad por encima del objetivo por el que se había creado la organización. Fueron necesarios veinte meses de guerra y hostilidad entre los social-patriotas y los intereses elementales de las clases trabajadoras para que se produjera el cisma. Esto último ha descargado un golpe mortal al *fetichismo organizativo*. Ahora hay dos fracciones frente al proletariado alemán, que lo obligan a elegir en caliente, en el fuego de la acción, liberándolo del automatismo de la disciplina que se ha convertido en el arma de la reacción imperialista. Sólo a través de la quiebra de la rutina, el proletariado alemán logrará la unidad y la disciplina en la *acción revolucionaria*.

El cisma: ¡el paso más importante en esta vía!

Edicions Internacionals Sedov
Serie: Trotsky inédito en internet y en castellano

germinal_1917@yahoo.es